

### **Introducción**

“Quisiera decirles dos palabras a la gente joven; a esa juventud que tiene poco pasado pero mucho futuro. Hablemos de vocación, y específicamente de vocación pastoral. ¿Qué significa esta palabra? Viene de «vocatio», que quiere decir llamado. Toda vocación es un llamado de Dios. Es una propuesta, que pide una respuesta. Propuesta de Dios, respuesta del hombre, que pide una respuesta, para una forma de vida muy especial.

Hay muchas vocaciones en la vida, pero la pastoral es una de las que exigen mayor generosidad y audacia. Porque es algo diferente, incomprendible para la mayoría, sólo comprensible a fondo para quienes fueron llamados.

Cristo llama a varios de entre ustedes. Él necesita, quiere tener necesidad de sus personas, de su inteligencia, de sus energías, de su fe, de su amor, de su santidad. Si Cristo llama a alguno de ustedes al ministerio de la predicación, es porque Él quiere ejercer su ministerio de pastor de la iglesia y de misionero a través de ustedes. Cristo quiere hablar a los hombres de hoy con la voz de ustedes, amar con el corazón de ustedes, ayudar con las manos de ustedes, salvar con la fatiga de ustedes.

¿Que encontrarán dificultades? ¿Creen que yo no las conozco? El amor vence cualquier dificultad. Den su vida con alegría, sin miedo, a Él, que antes dio la suya por ustedes.”<sup>1</sup>

### **1. El llamado de Dios mediante el ministerio de la reconciliación**

¿No pensaste que podrías ser vos, a quien el Señor esté llamando al oficio de pastor, a encarnar el oficio del propio Cristo? El apóstol Pablo dice: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Co. 5:18-19; ver *Libro de Concordia*, Ap., art. XXIV:80-81a).

El temor frente a la muerte, la idolatría del dinero, la falsa idea de la reencarnación, del espiritismo, las sectas, el vivir según las apariencias, o según el qué dirán, el gloriarse en uno mismo, el egoísmo, las diferencias de opinión en cuanto a la salvación, etc., nos dan cuenta de lo confundido que se encuentra el ser humano actual. Está atrapado en la mentira de la magia y la superstición, de la adivinación, del ocultismo, del satanismo, del amor a la bebida y de los juegos de azar, de la mentira del reiki y de la meditación trascendental, y de un desprecio generalizado al estudio y la meditación en la palabra de Dios, en la ausencia en la participación de los cultos de nuestra iglesia, y a un desprecio a la confesión de pecados y al sacramento del altar. El amor a las carreras de autos y al rally y los videojuegos, es superior en muchos casos al amor y la devoción hacia Cristo y el proyecto de vida que él nos presenta en el evangelio. Ha perdido la dirección, porque perdió la brújula y el norte de su vida, que es el Dios de la Vida. Y nos habla también de la necesidad de volver a nacer, de ser nuevas criaturas en Cristo.

Porque “La razón y el libre albedrío pueden, hasta cierto punto, llevar una vida externamente decente; pero nacer de nuevo y obtener internamente otro corazón, otra mente y otra disposición es obra que sólo el Espíritu Santo puede realizar. Él abre el entendimiento y el corazón del hombre para que éste pueda comprender la Escritura y prestar atención a la

---

<sup>1</sup> Adaptado de José Ceschi, “Crecer, todo un desafío; Vocación Sacerdotal”, p. 146; San Lorenzo (Sta. Fe): Comunicaciones Paz y Bien.

palabra, como está escrito: Cristo ‘entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras’ (Lucas 24:45), y ‘Lidia... estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía’ (Hch. 16:14).

Dios llama por la proclamación de la palabra. Pero esa palabra no viene desnuda, sino encarnada: alguien tiene que proclamarla. Porque no es posible al hombre convertirse a sí mismo. Tampoco tiene el hombre la capacidad innata de creer. La fe viene por el oír, y alguien tiene que proclamar esa fe. Es más, el ser humano se resiste a creer en Dios. Pero, para los que, arrepentidos de sus pecados, miran a la cruz Cristo, buscando en él el perdón, reciben por la fe en su nombre el perdón completo de sus pecados (la justificación por la fe) y el regalo de la vida eterna. Como está escrito en nuestro texto: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

#### **a. El llamado de Dios mediante su ley**

En el corazón de todo cristiano está arraigada la hermosa flor de la justicia de Dios, recibida por la fe en Cristo Jesús. Es una flor que nace de la semilla de la palabra de Dios. Primero, por la predicación de la ley, que muestra nuestros pecados, Dios corta la tierra dura de nuestro corazón. Pasa el arado de la ley, es por eso que duele. A nadie le gusta que le “muevan la estantería”, o que le cambien de lugar lo que tanto le gusta. Pero Dios, mediante su ley, nos da vueltas. Aquella justicia nuestra, que nos parecía tan perfecta, Dios viene y nos dice: “Tu justicia no sirve, está contaminada. Es como un trapo de inmundicia delante de mí”. Y aquí el hombre se enoja con Dios. Pero Pablo dice: “Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2 Co. 5:11). Es decir, persuadimos a los hombres, en primer lugar, a que se arrepientan; que dejen atrás su mentalidad carnal que los lleva a creer que ellos mismos son increíbles, estupendos y que merecen todos los ramos y flores de parte de los demás. Dios, por el ministerio de la predicación que él le encomendó a Pablo, y a nosotros también como pastores, viene y les dice: ¿Ves esa arrogancia tuya? ¡Ella es la que te condena! ¿Qué tienes, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido de mí, tu Dios? (1 Co. 4:7). Esa es la raíz del pecado del hombre: el orgullo propio.

#### **b. El llamado de Dios mediante su evangelio**

Por la predicación de su santa ley, Dios le hace a uno doler el corazón, más también, por la predicación de su dulce evangelio, brota en nosotros la semilla sana de la fe en el Hijo de Dios. ¿Quién es este Jesús? ¿Qué ha hecho por mí, para que yo crea en él? Aquí podemos formular algunas preguntas y respuestas del catecismo:

155. *¿Con qué te ha redimido Cristo?* Cristo me ha redimido, no con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente Pasión y muerte. 156. *¿Cómo ha servido esta obra para tu redención?* De este modo Cristo expió mi culpa, llevando Él mismo sobre sí mi castigo. 157. *¿Quién es ahora tu Señor por la redención?* Puesto que Cristo me ha redimido, rescatado y ganado, Él es ahora mi Señor, y soy suyo. 158. *¿Cristo te ha redimido, rescatado y ganado solamente a ti?* Cristo ha redimido, rescatado y ganado no solamente a mí, sino a toda la humanidad perdida y condenada.

Gracias al amor de Cristo Jesús, llegamos a ser nuevas criaturas, nuevas personas. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). Por cuanto Cristo, verdadero Dios, en su encarnación en el vientre de María, asumió o incorporó a su ser divino la naturaleza humana, él es desde el momento de su concepción Dios y Hombre. Perfecto Dios, y perfecto hombre, dotado de alma racional y de cuerpo humano, pero sin pecado. Cristo no podía salvar aquello que no estuviera dispuesto a asumir: por esa razón Él asumió nuestra naturaleza humana, sin por eso dejar de ser Dios, parar asumir nuestro castigo en su cuerpo, y de

esta manera ha salvado a todos, pues murió por todos y ha calmado con su muerte en la cruz la ira de Dios. Dice Pablo: “Él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co. 5:15). Y esta obra de Cristo es recibida en el santo Bautismo. Por el bautismo y la fe uno “está en Cristo”.

Como decíamos, en el corazón de todo cristiano está arraigada la hermosa flor de la justicia de Dios recibida por la fe en Cristo Jesús. Primero Dios pasa el arado de su ley, para después poder sembrar la semilla preciosa del evangelio. De esta manera Dios implanta la fe en el hombre, ya desde el bautismo, y una fe que crece, y que Dios mismo nutre y alimenta, mediante el sacramento del altar, la santa cena.

### **c. Estar “en Cristo” mediante su evangelio de la Santa Cena**

Allí, en la santa cena, Cristo está realmente presente entre ustedes y en ustedes. “Así como en Cristo están inseparablemente unidas dos naturalezas distintas e inmutables, asimismo en la santa cena las dos sustancias, el pan natural y el verdadero cuerpo natural de Cristo, están presentes juntamente aquí en la tierra en la administración establecida del sacramento. Esta unión del cuerpo y la sangre de Cristo con el pan y el vino... es una unión sacramental. Es decir, que recibimos las palabras de Cristo en un sentido literal, tal como dicen las palabras del testamento de Cristo: “Esto es mi Cuerpo”, no como una expresión simbólica, sino auténtica y real. Recibimos esto no como un pan común y bebida común, sino que creemos que la comida que él bendijo mediante la palabra y la oración es el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Esta verdad innegable que acabamos de declarar, fue así entendida, enseñada y propagada por los evangelistas y apóstoles, y sus discípulos y oyentes” (LC. 624). Por la santa cena uno también “está en Cristo” y él en ustedes.

## **2. El llamado a encarnar el ministerio de la reconciliación**

Hoy, más que nunca, la iglesia necesita hombres íntegros, no perfectos pero sí consagrados, que asuman el llamado de Dios y a desempeñar el ministerio de la predicación, y de esta manera defiendan con celo la doctrina apostólica, la sana enseñanza de la palabra de Dios y la administración de los santos sacramentos del bautismo y la santa cena, instituidos por Cristo. El ministerio de la predicación, también llamado ministerio de la reconciliación, oficio pastoral, e inclusive, ministerio del Nuevo Testamento, es el ministerio del propio Cristo. Es un llamado divino, un privilegio y un don, no un deber, aunque sí se lo debe desempeñar con fidelidad a las Escrituras, y en consonancia con las Confesiones Luteranas, registradas en el Libro de Concordia. Este llamado divino al oficio pastoral está indicado por la estola, que porta el pastor desde el día de su ordenación.

### **Conclusión**

Dime, joven hermano, ¿qué vas a hacer? Espero que mi ejemplo como joven pastor estimule y anime a otros varones a sentir un cariño especial por el ministerio pastoral, que es el oficio del propio Jesucristo. Animo a todos los cristianos a ser, como diría Lutero, “pequeños Cristo”, en especial en el hogar, donde tanto amor hace falta. Pero animo también, y especialmente a los jóvenes, a considerar la vocación pastoral, en un mundo necesitado y carente de la sana enseñanza de la palabra de la reconciliación. Les hago un llamado a encarnar el ministerio pastoral del propio Cristo, y a tener fe en Dios, que puede suplir cualquier necesidad. Sean la cara visible de Cristo, sus embajadores, del mismo modo que él encarnó y asumió nuestro lugar en la cruz, para el perdón de nuestros pecados. Que este amor de Cristo, su misericordia, los renueve y consagre en lo más íntimo de sus corazones, a fin de que le sirvamos con alegría, y así transmitir el consuelo evangélico de que Dios, por medio de su Hijo, hizo las paces con el mundo. Que todos sepan esto. Dios los llama a ser mensajeros de esa paz. Amén.